

Conocíamos el libro *Los Altísimos*, de Hugo Correa. Representa en Chile la literatura de ciencia ficción, extraño y vigente contubernio de fantasía con noticias de técnicas y progresos interplanetarios. El nuevo libro —El que merodea en la lluvia, Zig-Zag, 1968— es una mezcla aún más explosiva: fantasía, ciencia, amor, pesquisa cuasi policial. Y todo en un marco chileno, de Cordillera de la Costa, con campesinos supersticiosos y agricultores de salón. Unos párrafos impresos en letra cursiva nos hablan del Elegido y el Acechante, del Oculito, del Extranjero; son párrafos penetradores y aun anunciadores de la realidad oscura en que los protagonistas se desenvuelven. Un poco más y llegamos al corazón de la tragedia griega.

El origen de todo está en una astronave rusa que, luego de recoger tierra lunar, mal aterrizó en Chile. Las investigaciones oficiales no descubrieron nada particular; pero algunos campesinos —Pedro, Diego, un grupo de niños— han descubierto un ser increíble que oportunamente salió de la nave y que se activa, revive, al contacto con el agua. Lluvia, cascada, mera humedad bastan para echar a an-

UN SELENITA EN CHILE

Por Hugo Montes.

dar al monstruoso selenita, especie de Proteo y hasta de Adán que serpea o camina angustiando a los vecinos e intrigando a las grandes potencias internacionales. Un contrapunto de superficialidad e inconciencia aparentes se da en el fundo vecino de don Carlos, donde su sobrina Celinda, su joven amigo Salvador y otros hacen como si nada les importara la existencia del monstruo, que no pasaría de ser leyenda o consejo popular. La realidad, sin embargo, es que unos y otros tienen participación directa en los acontecimientos espeluznantes. Este juego de presencia y no presencia en lo que a todos interesa, es uno de los mayores logros de la novela. El autor se permite, desde él, dar y quitar sensacionalismo a los asuntos, con lo cual la obra adquiere esa mezcla ya señalada de novela de amor y de crímenes, de ciencia ficción y de cuasicriollismo.

Una técnica de anticipos en los párrafos en cursiva, de introspección por medio de abundantes paréntesis y de diálogos directos con carencia de verbos introductores sirve en forma acertada la realización argumental y psicológica de la novela. Este es el segundo aspecto positivo del libro comentado. El lector casi no advierte los recursos técnicos, tan naturalmente se dan en la obra.

Hay aspectos, sin embargo, de la novela que parecen menos convincentes. Desde luego, el carácter del Elegido Salvador, de nombre excesivamente simbólico. Resulta una persona contradictoria, débil ante la mujer, decidido en sus aventuras forasteras. Y peor que esto, el lector se pierde en sus vacilaciones y lucubraciones, no sabe en qué momento acierta ni cuándo desbarra; queda, así, en la ignorancia de lo medular mismo del argumento que, por momentos, es apasionante y luego se desvanece en posibilidades fortuitas desconcertantes. Las confesiones que una noche hace Celinda a Salvador desentrañan casi completamente el asunto, pero luego siguen muchas páginas con interés secundario y diversivo. Queda así amenazada gravemente la unidad misma de la novela.

Las páginas finales mantienen a sabiendas la situación de desconcierto. Es un consciente afán de misterio, que permite al autor poner término a su obra en un tono de tensión no patético, pues todo ocurre en comedores y elegantes dormitorios. Se ha vuelto al refinamiento de la gran familia y del dueño de tierras que se moviliza en avión a la capital, sin que se abandonen las preocupaciones derivadas del viaje interplanetario. El contrapunto, ya se ve, hasta el último.

Hugo Correa ha escrito una obra amena, apasionante incluso, pero algo pobre en su desenlace y ambigua en su infinidad de explicaciones del monstruo lunar. Estas revelan por momentos, más que el desconcierto de quienes no saben de él, una cierta inseguridad creadora del propio autor.